

MI CARNE ES VERDADERA COMIDA Y MI SANGRE ES VERDADERA BEBIDA - Comentario al Evangelio de P. Ricardo Pérez Márquez OSM

Jn 6,51-58

En aquel tiempo Jesús dijo a la gente:

Yo soy el pan vivo que descendió del cielo; si alguien come de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo daré es mi carne, la cual yo daré por la vida del mundo. Entonces los judíos discutían entre sí, diciendo: -- ¿Cómo puede este darnos a comer su carne?

Jesús les dijo: -- De cierto, de cierto os digo: Si no coméis la carne del Hijo del hombre y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el día final, porque mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida.

El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él. Así como me envió el Padre viviente y yo vivo por el Padre, también el que me come vivirá por mí. Este es el pan que descendió del cielo; no como vuestros padres, que comieron el maná y murieron; el que come este pan vivirá eternamente.

En el domingo en que celebramos la fiesta del Corpus Christi, el cuerpo y sangre de Cristo, el texto que leemos está tomado del evangelio de Juan, en donde Jesús da una enseñanza fundamental en la sinagoga de Cafarnaúm. Esto sucede después de que Jesús subiendo a un monte haya compartido los panes y dado de comer a una numerosa multitud, en el contexto de la fiesta de Pascua. Son elementos importantes para comprender por qué Jesús entra en la sinagoga y se pone a enseñar.

Se presentará como el pan vivo bajado del cielo, diciendo que el que come de ese pan vivirá para siempre. Añade Jesús que el pan que dará es su carne, para que el mundo viva. Se habla de pan y carne. Son dos imágenes que el evangelista aplica a Jesús a la luz de la experiencia que el pueblo judío tuvo en el desierto saliendo de la esclavitud de Egipto, recibiendo de Dios el maná, alimento que les permitió afrontar el camino en el desierto, pero sobre todo habiendo comido el cordero en la noche de la liberación, que le permitió afrontar la salida hacia una realidad nueva, y con la sangre del cordero pudieron evitar que el ángel de la muerte pasase por sus casas.

Con estos elementos comprendemos porqué Jesús se expresa de esta manera, comprendiendo el significado de la fiesta que celebramos este domingo. Juan dice que con Jesús comienza el nuevo y definitivo Éxodo. No el éxodo de Israel al salir de Egipto, pues aunque el pueblo vive en la tierra prometida se sigue viviendo en la injusticia, viéndose privado de la posibilidad de ser una comunidad libre y de tener una experiencia profunda de Dios.

Jesús será quien inicie el nuevo Éxodo, y por eso se presenta como el maná o pan bajado del cielo, pan vivo que dará a los hombres y mujeres la posibilidad de sentir una vida de una cualidad tal que le permita ir caminando en esta realidad de libertad interior que cada persona puede experimentar en sí misma.

Jesús añade (y es esto lo que escandaliza a los jefes judíos) que este pan es como su carne que él da para que el mundo viva. La carne se entiende con la imagen del cordero que fue sacrificado en la noche de Pascua. Jesús nos enseña que para poder vivir el don de una libertad y crecer y ser personas completamente adultas, hay que nutrirse de una carne que de esa fuerza a la persona. Esto no lo hizo el cordero sacrificado aquella noche, sino que esto lo hace Jesús con su misma vida.

Jesús no se presenta como un modelo a imitar, sino como una realidad viva que hay que asimilar, una carne que hay que sentir que poco a poco va entrando en la vida de cada uno de nosotros. Esta carne que es el cuerpo de Jesús y su misma vida, todo aquello que ha sido capaz de manifestar y hacer, permite al creyente el ir creciendo en vida. Es un alimento que garantiza este desarrollo.

Jesús lo aclara para quien quiera seguirlo hablando en presente: "el que come". Desde este momento, el pan, su vida, o la carne que el ofrece como alimento vital, la persona experimenta una transformación que le permita llegar a su madurez total, viviendo en esta tierra con el don de la libertad que Jesús nos comunica.

No basta con comer la carne, como añade Jesús más adelante. Habla también de su sangre: "quien come mi carne y bebe mi sangre tiene vida definitiva y yo lo resucitaré el último día. Si no coméis la carne del Hombre, y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros".

El evangelista presenta la misma enseñanza en positivo y en negativo. Es importante que junto a la carne se tenga presente la sangre. No basta solamente con asimilar a Jesús. Cuando uno come su carne y mastica su cuerpo, quiere nutrirse de esa vida que Jesús comunica, se está dispuesto a querer ser como Jesús y asimilar esa vida en uno mismo. No es suficiente. Hace falta estar dispuesto en dar la vida por el bien de los demás. Por esto Jesús invita a beber su sangre. Ser capaces como Él a dar la vida, nuestra sangre, para que en esta tierra el don de Jesús, el amor incondicionado del Padre alcance a todas las criaturas, para que todas la criaturas crezcan y se desarrollen alcanzando vida definitiva.

Esta enseñanza no cae bien entre los judíos, escandalizando a muchos de sus discípulos que al final de todo el episodio se marchan. Jesús no se deja condicionar por este escándalo que algunos piensan al ofrecerse como carne y sangre, sino que está dispuesto a llevar hasta el extremo esta misión que el

Padre le ha confiado. Por ello Jesús dirá: "si también vosotros queréis marcharos, las puertas están abiertas" dirá al resto del grupo de discípulos. Pedro intervendrá diciendo: "Señor, donde podremos ir, tu solamente tienes palabras de vida. Eres el pan de vida".

Esto es lo que realmente significa vivir la fiesta del Cuerpo y sangre de Cristo: podemos asimilar la vida de Jesús si nos dejamos inundar por el amor que nos comunica, y si somos capaces de manifestar ese amor como lo ha hecho Jesús, dando vida para los demás.

Este es el amor de la eucaristía, un pan que nos nutre y alimenta para que seamos nosotros pan que alimenta y nutre la vida de los demás. No se puede hacer eucaristía con Jesús pensando en algo que se cierra en sí mismo o acaba en la propia persona. La eucaristía es auténtica cuando al recibir el don uno es capaz de llevarlo también a los demás.

Que esta energía vital de amor que se difunde, pase a través de cada uno de nosotros con el pan de vida y la sangre de la salvación y pueda llegar a otros más inundando de ese amor con la vida de cada uno de nosotros la vida de todos los seres sobre esta tierra.